IV . - I \ SOCIEDAD EN LA ERA DE LA MAQUINA

El crecimiento fenomenal de la población

En capítulos posteriores tendremos ocasión de observar algunos de los efectos políticos de la revolución industrial. Por el momento basta con tomar nota de los resultados sociales. Y no cabe duda de que la mayoría de los acontecimientos sociales importantes del siglo XIX y comienzos del XX han sido consecuencias de los grandes cambios económicos que se produjeron en ese período. Quizá el más evidente y uno de los más decisivos de esos acontecimientos fué el enorme aumento de la población. Entre la revolución francesa y la primera guerra mundial creció en una proporción sin precedentes la población de casi todos los países civilizados. Algunos signos de este fenómeno se advertían ya en 1800, sobre todo en Inglaterra, donde ese aumento fué de alrededor de un cincuenta por ciento en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero en general, el aumento espectacular se produjo más tarde. Entre la batalla de Waterloo y el comienzo de la primera guerra mundial casi se cuadruplicó la población de Inglaterra y Gales. La de Alemania aumentó de alrededor de veinticinco millones en 1815 a casi setenta millones cien años después. El número de habitantes de Francia se duplicó entre el derrocamiento de Napoleón y la guerra franco-prusiana, en tanto que la población de Rusia se elevó a más del doble en los cincuenta años que precedieron a 1914. A pesar de factores adversos, como el hambre en Irlanda y Rusia, la emigración a América y las enfermedades provocadas por el hacinamiento en las ciudades, la población total de Europa ascendió de ciento noventa millones de personas en 1800 a cuatrocientos sesenta millones en 1914.

Causas del aumento de la población

Para descubrir las causas de ese crecimiento sin precedentes debemos tener en cuenta varios factores. En primer lugar, se debié a que la revolución comercial vigorizó a la raza humana al proporcionarle alimentos más abundantes y variados. En segundo lugar, fué una consecuencia del establecimiento de hospitales para niños y de maternidad y de los progresos de la ciencia médica, que terminaron prácticamente con la viruela, el escorbuto y el cólera, por le menos en la Europa occidental. Una tercera causa fué, probablemente, la influencia del nacionalismo, con sus consecuencias: el orgullo racial y la obsesión patriótica. Los pueblos que poseen una convicción firme de su superioridad y esperan confiados la victoria en luchas futuras se reproducen, casi con seguridad, muy rápidamente. Y eso es lo que sucedía a la mayoría de las naciones en el siglo XIX. Como los hebreos de la antigüedad, deseaban una descendencia numerosa con el propósito de vencer a los enemigos o la esperanza de difundir su cultura

superior entre todos los ignorantes de la tierra. Pero la causa más importante de todas fué, según parece, que la revolución industrial hizo posible la vida de grandes núcleos de población en zonas reducidas. Sucedió así, no sólo porque la mecanización de la agricultura aumentó el rendimiento de la tierra, sino también porque el sistema fabril amplió las oportunidades de ganar el sustento por medio de actividades ajenas a la agricultura. A los países ricos en recursos industriales les fué posible mantener una población varias veces mayor que la que podían sustentar anteriormente con una base agraria. Después de la primera guerra mundial, la concentración de obreros en la industria creó problemas espinosos, Como consecuencia de la estrangulación del comercio internacional, a muchos países les fué casi imposible mantener en funcionamiento su sistema industrial, como no fuera mediante la fabricación de armamentos en gran escala o la realización de un plan muy vasto de obras públicas.

La urbanización de la sociedad occidental

Estrechamente vinculada con el crecimiento de la población como consecuencia de la revolución industrial se ha producido la urbanización creciente de la sociedad occidental. Gran parte de los habitantes de las naciones industrializadas aceptaban ya en 1914 como algo normal las condiciones artificiales de la vida ciudadana. El desarrollo de la urbanizacion fué particularmente notable en países como Alemania e Inglaterra. En el primero solo había, en una fecha tan reciente como 1840, dos ciudades de más de cien mil habitantes; en 1910 existian ya cuarenta y ocho. En Inglaterra, durante los últimos treinta años del siglo XIX, aproximadamente una tercera parte de la población agrícola abandonó definitivamente el cultivo de la tierra. El censo inglés de 1901 reveló que el número de personas dedicadas a las facnas agrícolas llegaba sólo a alrededor del veinte por ciento de las que se ocupaban en actividades industriales. En América, a pesar de su riqueza en recursos agrícolas, se produjo el mismo movimiento de abandono de la tierra, si bien a un ritmo más lento. En 1915 la proporción de americanos que vivían en zonas urbanas se había elevado a alrededor del 40 por ciento, y en 1920 pasaba ya de la mitad. Las causas de esta alluencia a las cindades y poblaciones importantes eran los atractivos crecientes de la vida urbana y la menor necesidad de brazos para las tareas agricolas como consecuencia de la mecanización de la agricultura. Los efectos fueron buenos y malos, mezcladamente. El abandono de la tierra liberó a gran número de hombres y mujeres del aislamiento de la vida rural, de la tirania del tiempo atmosférico, de las necedades de las tradiciones primitivas y de una vida monótona de trabajo solitario en tierras poco propieias. Pero al mismo tiempo transformó a muchos de ellos en víctimas desamparadas de sus patronos capitalistas. Los convirtió en muñecos mecánicos que realizan sus tareas automáticamente, sin que apenas se den cuenta de su responsabilidad ni comprendan el lugar que ocupan en el plan económico y sin nada que inspire sus esíuerzos fuera de un salario miserable. Si bien se han liberado de los riesgos de las plagas y la sequía, tienen que hacer frente al nuevo peligro de la pérdida del empleo a causa de la superproducción y se hallan a merced de un sistema que no pueden dirigir.

Aparición de la burguesía industrial

La tercera de las grandes consecuencias de la revolución industrial fué la creación de dos clases nuevos: la burguesía industrial y el proletariado. La primera, que comprende a los propietarios de fábricas, minas y ferrocarriles, unió su suerte con la vieja clase media de comerciantes, banqueros y abogados y terminó absorbiéndola por completo. Fortalecida así en número e influencia, esta burguesía combinada dejó pronto de ser sólo una clase media y se convirtió para todos los fines prácticos en el selemento gobernante de la sociedad. Esto se realizó en algunos casos rele-

gando al segundo plano a la vieja aristocracia terrateniente, y en otros uniéndose con ella. Pero tan pronto como los capitalistas y empresarios conquistaron el poder, comenzaron a dividirse. Los grandes banqueros y los magnates de la industria y el comercio han llegado a constituir la llamada alta burguesía, que tiene ambiciones algo distintas de las de la pequeña burguesía, compuesta por comerciantes modestos, pequeños industriales y profesionales. La alta burguesía ha tendido últimamente a dejarse absorber cada vez más profundamente por el capitalismo financiero. Sus miembros se interesan por las operaciones del agio, la creación de empresas nuevas con fines de utilidad inmediata sin tener en cuenta lo que puede suceder más tarde y la reorganización de los negocios ya existentes con propósitos monopolistas o especulativos. Para los dirigentes de esta clase social, cualquier forma de intervención gubernativa constituye un anatema e insisten en que la libertad para emprender negocios es absolutamente esencial para el desarrollo económico vigoroso. Por otra parte, la pequeña hurguesía ha comenzado a dar muestras de que se interesa vitalmente por la estabilidad y la seguridad. En muchos países se ve a los miembros de esa clase propugnar medidas para refrenar la especulación, asegurar la estabilidad de los precios, eliminar las cadenas de negocios y los monopolios y hasta poner en manos del estado los servicios públicos.

Nacimiento del proletariado

La revolución industrial creó también un proletariado que llegó a adquirir fuerza suficiente para desafiar la supremacía de la burguesía. En cierto sentido, el proletariado ha existido desde la aurora de la civilización, pues la palabra designa a todas las personas cuya subsistencia depende de un salario. Los trabajadores libres de la Grecia y la Roma antiguas eran proletarios, y lo mismo los jornaleros y hortelanos y rústicos de la Edad Media. Pero con anterioridad a la revolución industrial los asalariados constituían una parte pequeña de la clase trabajadora, pues la mayoría de los que trabajaban para ganarse la vida se dedicaban a la agricultura, al principio como siervos y más tarde como arrendatarios y cultivadores asociados. Además, los pocos proletarios que existían apenas tenían conciencia de clase. La revolución industrial, al concentrar gran número de obreros en las ciudades y hacerlos víctimas de injusticias comunes, infundió en los asalariados cierta solidaridad y les inculcó aspiraciones comunes. En 1825 los proletarios ingleses, con la ayuda de los intelectuales radicales, pudieron ya conseguir que se anularan las leyes que prohibían los sindicatos obreros. Más tarde, como veremos, la influencia de los proletarios fué en gran parte la causa de que se estableciera la legislación social no sólo en Inglaterra, sino también en otros muchos países. Sin embargo, en años más recientes la clase trabajadora ha sufrido tendencias divisivas semejantes a las observadas en las filas de la burguesía.

Los obreros de cuello duro, hasta los de situación más baja, se inclinar a despreciar a sus camaradas mugrientos que trabajan en las fábricas y las minas. Los obreros especializados en los diversos oficios tienden a formar una aristocracia del trabajo, cuyos miembros miran frecuentemente con mala cara las ambiciones de la multitud de obreros no diestros que forman la parte inferior de su clase. A veces, los jefes de los gremios de artesanos de la Federación Norteamericana del Trabajo han mostrado una actitud tan conservadora como la de los capitalistas más ortodoxos. Así ha sucedido sobre todo con respecto a cuestiones como la del comunismo.

Los beneficios materiales designales de la revolución industrial

Ni siquiera los críticos más acérrimos podrían negar que la revolución industrial ha aportado grandes beneficios materiales a los habitantes de las naciones occidentales. Es indudable que ha proporcionado al hombre contemporáneo cantidades enormes de mercaderías y un número pasmoso de medios que contribuyen a su comodidad y bienestar. Pero es una cuestión enteramente distinta si las diversas clases sociales han participado de dichos beneficios en algo que se parezca a una proporción equitativa. Parece no caber duda de que los salarios auténticos, o sea los salarios en función de su poder adquisitivo, se elevaron rápidamente durante el siglo XIX. Un economista destacado, Sir Iosías Stamp, ha calculado que el poder adquisitivo de los ingresos del inglés común en 1913 era cuatro veces mayor que el de sus antepasados en 1801. Entre 1880 y 1930 los sueldos reales aumentaron en Inglaterra en un cincuenta por ciento por término medio y los salarios de los obreros peor remunerados todavía más. En Alemania, el consumo de carne por persona aumentó de treinta y ocho libras en 1816 a ciento quince libras en 1912. A pesar de este mejoramiento en los promedios, la situación de los miembros menos afortunados de la clase obrera estaba lejos de ser ideal. En Inglaterra, en visperas de la primera guerra mundial, una tercera parte de las familias proletarias vivía con veinticinco chelines semanales (alrededor de 6,25 dólares). Además, una parte desproporcionada del aumento en la riqueza había pasado a poder de la minoría. Puede ilustrar muy bien esta situación lo sucedido en los Estados Unidos. El término medio de las entradas familiares en ese país era en 1929 de sólo mil setecientos dólares; es decir que alrededor de la mitad de las familias norteamericanas tenían entradas inferiores a esa cantidad. El término medio, para los obreros industriales era de unos mil trescientos dólares. Estos obreros, juntamente con muchos agricultores, pequeños comerciantes y profesionales, o sea, el cuarenta y dos por ciento de la población, percibían únicamente el trece por ciento de las rentas nacionales. En el otro extremo de la escala, un grupo de familias con rentas superiores a cinco mil dólares y que constituían el ocho por ciento de la población, percibía no menos de cuarenta y dos por ciento de los ingresos totales. Y en la cima, un grupito que comprendía al uno por ciento de la población percibía más del veinte por ciento de las rentas nacionales

Efectos en el bienestar físico de los obreros

Aparte de todo lo dicho, es por lo menos dudoso que la mecanización de la industria haya contribuído al bienestar físico de la clase trabajadora tanto como se supone comúnmente. John Stuart Mill declaró en 1848 que era discutible si los inventos mecánicos realizados hasta entonces habían aliviado la tarea diaria de un solo ser humano. Este juicio quizá no parecería demasiado exagerado si se lo repitiera en la actualidad. El agricultor y el obrero común actuales parecen obligados a realizar las mismas tareas agobiadoras de siempre. Los inventos destinados a ahorrar trabajo permiten que el obrero produzca más mercaderías, pero es dudoso que le ahorren en realidad mucho trabajo. Cualquiera que sea la situación al presente, la verdad es que durante el primer período de la revolución industrial las máquinas no beneficiaron mucho al trabajador. Su introducción significaba con frecuencia que hombres físicamente capaces eran desalojados de sus empleos por mujeres y niños peor remunerados. Además, muchas fábricas, sobre todo las dedicadas a la producción de textiles eran peores que prisiones, con ventanas pequeñas que se mantenían generalmente cerradas para conservar la humedad conveniente para la manufactura de algodón. La mala ventilación, el calor sofocante y la falta de higiene, juntamente con un horario de trabajo interminable, convertían a innumerables obreros en espectros macilentos y llevaban a muchos de ellos a la embriaguez y el crimen. Además, las nuevas ciudades industriales crecian tan rápidamente y de manera tan irregular que las condiciones de alojamiento siguieron siendo abominables durante un tiempo. En Manchester, en una fecha tan reciente como 1840, la octava parte de las familias trabajadoras vivían en sótanos. Otras se amontonaban en alojamientos miserables a razón de hasta doce personas por habitación. Esas condiciones eran tan espantosas a comienzos del sigle XIX que los obreros de las fábricas inglesas se hallaban probablemente peor que los esclavos de las plantaciones americanas. Pero, como compensación de estos males, hay que reconocer que la revolución industrial facilitó la organización de los obreros, la que les permitió emplear la fuerza de la acción colectiva para obtener salarios más altos y el mejoramiento de las condiciones de trabajo. Además, el proletariado se ha beneficiado indudablemente con la rebaja de los precios que ha hecho posible la producción en masa.

· Property of the second of th happen streets a single property of the transmit of acombonic is corner to property of the single property.

11 11 11

LECTURAS